

**JOSÉ IGNACIO CABRUJAS
ROMÁN CHALBAUD**

**SAGRADO Y
OBSCENO**



Universidad Central
de Venezuela



Dirección de Cultura UCV

**DIRECCION DE CULTURA DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FUNDACION DEL NUEVO CINE LATINOAMERICANO
CARACAS-MERIDA
VENEZUELA
1997**

PERSONAJES

Pedro Zamora
Angela
Edicta
Glafira
Elvira
Diego Sánchez
Antonio Leocadio
William Bolívar
John Fitzgerald
Zoraida
Morrocoy
Brugarolas
Ignacio
Ofida
Edivia
Tobías
Anselmo
Sebastián
Mandrake
Lotario
Elba
Andrés
Lucía
Elpidio
Marco Antonio
Amalia, esposa de Sánchez
Mendigo

Amanecido 1
Amanecido 2
Amanecido 3
Señora del Morrocoy
Animador de la Plaza Catia
Tres hijos de Andrés:
Ocho años
Cinco años
Tres años
Animador del Hilton
Inspector 1
Inspector 2
Alberto José
Monseñor Díaz
María, criada de Sánchez
Leonardo
Camarógrafo
Director de Cine
Ministro
Anciana
Animador del camión de Carnaval
Vendedor
Madre de William Bolívar
Hermano 1 de William
Chofer de Sánchez
Aníbal, guardaespaldas

TITULOS. CREDITOS.

1. Edicta, Angela, John Fitzgerald y Zoraida vienen del mercado y se dirigen a la pensión «Ecce Homo». Edicta es la propietaria: cincuenta años, rostro severo, larga y huesuda; viste un medio luto parco y lleva el pelo recogido en un moño. Angela es bella, sin que eso sea importante; tiene veinticinco años y ademanes de «Hija de María». Zoraida es una niña de diez años, regordeta y bonachona; viste de rosado y exhibe bucles de fotografía antigua. John Fitzgerald es un niño de pantalón corto y botines de baqueta; tiene nueve años y un aire picaresco de extraña madurez; empuja, a veces con esfuerzo, un carrito de madera con ruedas de patín donde están amontonadas varias bolsas de papel y colete que contienen víveres y detergentes.
2. En las cercanías hay un solar donde ha sido estacionado un gigantesco trailer que sirve de sede a la exposición: «Los peligros del sexo». Algunos hombres trabajan en los retoques finales del espectáculo. Cerca del trailer hay un grupo de muñecos de cera, desarticulados algunos, a medio vestir otros, que representan diversos personajes de la historia de Latinoamérica. Está, por ejem-

plo, un Fidel Castro de tamaño natural con un grueso habano entre los dedos. Un Camilo Torres provisto de un fusil y de un misal. Un Rafael Leonidas Trujillo de pelo blanco, cuidadosamente peinado, que exhibe condecoraciones en su guerrera. Una Eva Perón vestida con traje de taller, fijada por el artista en el momento en que abraza a dos niños desarrapados. Y algunos otros muñecos, monjas como Santa Rosa de Lima; delincuentes como «El Estrangulador de Cali»; ritualistas como Duvalier; siameses, hermafroditas y gangsters. El General Juan Vicente Gómez está siendo movilizado por el personal de «Los Peligros del Sexo», hasta dejarlo con extremo cuidado junto a la piadosa Santa Rosa de Lima.

3. Edicta, Angela, Zoraida y John Fitzgerald pasan junto al trailer y observan los muñecos. John Fitzgerald detiene el carrito y contempla las figuras con aire de asombro.

4. Edicta lo reconviene.

EDICTA: John Fitzgerald!

5. John Fitzgerald mira a Edicta, con actitud de respuesta.

EDICTA: ¿Quién ha creado el sol, la luna y las estrellas?

6. John Fitzgerald, a tiempo que empuja nuevamente el carrito, contesta.

JOHN F.: Dios ha creado el sol, la luna y las estrellas.

Y mientras el recitado del catecismo conti-

núa, Angela se vuelve y mira con interés las figuras de cera que van quedándose atrás.

EDICTA: ¿Quién ha creado a los animales, las plantas y la tierra?

JOHN F.?: Dios ha creado a los animales, las plantas y la tierra.

Un mendigo borracho pasa por las cercanías. El mendigo farfulla un grupo de palabras de las cuales entendemos algunas.

MENDIGO: Viva el Primero de Mayo!

Durante esta acción Edicta continúa preguntando.

EDICTA: ¿Quién es Dios? John Firzgerarl?

El mendigo ve pasar a los cuatro personajes, se quita el sombrero y con una pomposa reverencia saluda a las demas y a los niños. John F., en su respuesta observa al mendigo.

JOHN F.: Dios es un ser infinitamente puro, infinitamente perfecto e infinitamente todopoderoso.

Edicta, Angela, John F. y Zoraida continúan su camino. El borracho insiste en su perorata.

MENDIGO: ¡Viva el Primero de Mayo!

CORTE A:

EXTERIOR.

CENTRO COMERCIAL EN CONSTRUCCION. DIA.

7. Edicta, Angela, John F. y Zoraida pasan

junto al grupo de edificaciones en construcción. Sentados en las cercanías hay tres amanecidos que miran con expresión soez a Angela.

8. Edicta siente la provocación y pasa de largo.
9. El Amanecido 1 piropea.

AMANECIDO 1: ¡Adios, sabrosa!

El Amanecido 2, en la misma actitud.

El Amanecido 3, para no ser menos.

AMANECIDO 3: ¡A la vieja también le sale!

10. Edicta, Angela, John F. y Zoraida caminan haciendo caso omiso de la vulgaridad.
11. El Amanecido 2 completa el piropo.

AMANECIDO 2: ¡Pásame esa vieja!

Y todo se vuelve risotada.

12. Edicta no puede contenerse. Se detiene y volviéndose hacia los tres zánganos procede a increparlos.

EDICTA: ¡Como se ve que no tienen madre, desgraciados! ¡Como se ve que no hay gobierno! ¡A jalar pico en una carretera los mandarí yo! ¡Muérganos!

13. Los tres Amanecidos ríen.
14. Edicta, Angela, John F. y Zoraida continúan su camino.

EXTERIOR.

CALLE PENSION «ECCE HOMO». DIA.

15. Un policía de la Metropolitana dispara al aire su revólver de reglamento a tiempo que grita.

POLICIA: ¡Párate!

Un grupo de curiosos y transeúntes corren asustados por el disparo. Algunos de ellos se refugian en casas o en pequeños locales comerciales en las cercanías de la pensión

16. Tres policías corrían detrás de un hombre que intenta escapar. El primero de ellos vuelve a disparar. El hombre corre a gran velocidad. Una patrulla intercepta la carrera del hombre. De allí salen tres policías, revólver en mano. Los vecinos, en los alrededores, gritan y ríen.

VECINOS: (ad-libitum) ¡Agárrenlo! ¡Ese fue! ¡Cuidado!

17. Edicta, Angela, John F., y Zoraida se abren paso entre los curiosos. Angela guía ahora el carrito del mercado, Edicta, preocupada, toma de la mano a John F. y a Zoraida, a tiempo que dice.

EDICTA: ¡Cuidado, niños, cuidado! ¡No se me mueva, John Fitzgerald!

Edicta reconoce, entre los curiosos, a Ofida, su vecina, una mujer menuda, de treinta y cinco años y aspecto frágil.

EDICTA: ¿Qué pasa, Ofida?

Ofida, intensa, comenta.

OFIDA: Mijita, que le asaltaron la bodega al portugués.

Edicta, pregunta, sorprendida.

EDICTA: ¿A De Sousa?

Ofida asienta.

OFIDA: Y lo hirieron con un punzón. ¡Que sangrero!

18. Dos policías conducen al portugués herido hacia una patrulla.

19. Edicta comenta.

EDICTA: ¡Ay, pobrecito!

En la venta de discos de la esquina alguien hace sonar una cumbia a través de altoparlantes chillones. Al fondo, los policías que perseguían al delincuente parecen haberlo arrestado. Vecinos y curiosos corren hacia allí. Edicta, Angela, John F. y Zoraida contemplan al portugués que es introducido en la patrulla.

20. Ofida dice:

OFIDA: Venir un hombre de tan lejos para que le claven un punzón! Es que la silla eléctrica es poco.

Y aprovecha la oportunidad para volverse hacia un policía a increparle.

OFIDA: Agarrar a esos desgraciados es lo que tienen que hacer, en lugar de estar pajareando!.

21. Edicta, Angela, John F. y Zoraida se acercan a la pensión «Ecce Homo», una casa con zaguán y ventana que da a la calle. De allí sale, al mismo tiempo, Tobías, un gandolero de treinta y cinco años de edad, mestizo, de aspecto fornido, viste pantalones blue-jeans y una camiseta blanca. Lleva consigo un viejo maletín de cuero. Al salir de la casa se topa con Edicta, quien, sin mediar saludo, le reclama.

EDICTA: Mire, señor Tobías, le he dicho ya que no me gusta que me ponga la gandola frente a la casa, porque me tapa el sol y porque esto no es estacionamiento.

Tobías aventura una excusa.

TOBIAS: Es que no encontré puesto, doña; pero no se preocupe...

Edicta da por concluida la conversación y entra al zaguán seguida de John F., Angela y Zoraida.

La cámara sigue a Tobías quien se monta en la gandola con el motor ya encendido. En la cabina hay un peón que parece aguardarlo. La gandola parte en dirección a la avenida.

CORTE A:

EXTERIOR. TERMINAL DE AUTOBUSES DEL NUEVO CIRCO. DIA.

22. Un autobús de línea, abarrotado de pasaje-

ros, hace su entrada en el terminal del Nuevo Circo y se detiene en su «parada».

23. Las puertas se abren y del vehículo descienden gran cantidad de pasajeros que provienen del interior del país. Hombres, mujeres, niños, jaulas, gallinas van apareciendo, abigarrados. La cámara destaca una señora de sesenta años que baja del autobús provista de una maleta y de un morrocoy de regular tamaño. Tras ella viene Pedro, trae consigo una maleta de color negro. Es un hombre de treinta años, apariencia vigorosa y gruesos bigotes. Viste con una chaqueta de cuero, deteriorada por el uso y gruesos pantalones de pana.
24. Un enjambre de vendedores callejeros cae sobre los recién llegados. Baratijas de todo tipo, dulces y refrescos, son ofrecidos desordenadamente. Un buhonero ofrece a Pedro con aire sinuoso algún artículo vergonzante. Pedro ignora las proposiciones. La señora del Morrocoy está aguardándolo. Con voz quejumbrosa dice:

SEÑORA DEL MORROCOY: Mijito, hágame el favor de sostenerme aquí este morrocoy, mientras yo busco la maleta. Un ratico nada más.

Pedro toma en sus manos el animal y camina en compañía de la señora hacia la parte posterior del autobús.

25. El chofer ha abierto el depósito de las maletas, y con la ayuda de algunos empleados distribuye el equipaje entre la gente que se aglomera. La señora del morrocoy, delante de Pedro, grita.

SEÑORA DEL MORROCOY: ¡Esa es! ¡esa es! la que está rota en la punta, ¡esa es!, mira, mijito, ¡esa es!

Hasta hacerse oír por uno de los empleados.
El empleado señala la maleta, mientras mira a la señora.

EMPLEADO: ¿Esta, doña?

La señora del morrocoy con gran alborozo chilla.

SEÑORA DEL MORROCOY. Esa misma, la de la punta rota, esa misma... y la Virgen del Perpetuo Socorro al lado... ¡allí! ¡allí! ¡la virgen! cuidado que está sentida.

26. Y agrega, dirigiéndose a Pedro.

SEÑORA DEL MORROCOY: ¡Ay, mijito, es que esa virgen ha dao carreras!

Pedro sonrío benévolo. El empleado entrega a la señora el equipaje y Pedro aprovecha para darle el comprobante. Luego entrega a la señora el morrocoy. La señora agradece.

SEÑORA DEL MORROCOY: Gracias, mi amor...

Y se aleja dificultosamente con el equipaje.

27. El empleado, comprobante en mano, alza una maleta marrón de cuero deteñido y pregunta a Pedro.

EMPLEADO: ¿Esta?

Pedro contesta.

PEDRO: Sí.

28. Pedro recibe la maleta de manos del empleado, y echa a andar entre la multitud de personas congregadas en el terminal.

CORTE A:

INTERIOR.

PENSION «ECCE HOMO». RECIBO. DIA.

29. Edicta y Angela están limpiando tres imágenes religiosas: una Virgen del Perpetuo Socorro de regular tamaño, un Nazareno de aspecto patético y un «Ecce Homo» de grandes proporciones. Elvira permanece un tanto alejada de Edicta y Angela. Es una mujer de cuarenta años, alta, con aspecto elegante. Su rostro tiene una expresión afable, de feminidad resuelta.

Está limpiando algunos cuadros y un espejo en las paredes de la sala. Edicta vierte jabón en la cabeza del «Ecce Homo».

EDICTA: ¡Qué horror! ¡Qué polvo! ¡Como a Caracas nunca le terminan de construir!

30. Angela contempla el «Ecce Homo» y refiriéndose a las heridas abiertas dice en dirección a Elvira.

ANGELA: ¿Verdad que habla, tía Elvira? ¿Verdad que es perfecto?

31. Elvira mira a Angela y responde.

ELVIRA: Una preciosidad.

32. Edicta derrama agua de un balde sobre la cabeza del Ecce Homo.
33. Ignacio viene de su cuarto que está situado en el patio de la pensión. Tiene veinte años y estudia ingeniería en la Universidad Central. Moreno, de pequeña estatura y expresión grave, trae consigo algunas carpetas y cuadernos. Al pasar junto a Edicta y Angela dice.

IGNACIO: Guárdeme el desayuno, Angela, que no me puedo quedar porque tengo examen muy temprano.

34. Edicta responde velozmente.

EDICTA: Nada de estar guardando nada... Aquí no se guarda nada. Ni que esto fuera el Hilton.

Angela sonríe a Ignacio indicándole que no debe preocuparse.

35. Ignacio protesta.

IGNACIO: Pero, doña, yo pago aquí las tres comidas y tengo derecho a comérmelas cuando quiera.

Edicta cortante.

EDICTA: Ningún derecho. Ni que Angela fuera una burra para estar limpiando platos cuando a ti se te antoje.

Ignacio mira a Angela. Angela le sonríe.

36. El estudiante se aleja en dirección a la puerta de la calle y desaparece tras ella.

37. John Fitzgerald se acerca con una pistola de juguete y encañonando al Ecce Homo dice con tono de película policial.

JOHN J.: ¡Confiesa que tú eres el rey de los judíos!

Edicta, atribulada por la actitud del niño, le grita.

EDICTA: ¡John Fitzgerald!

Y le arrebatla la pistola y lo empuja.

Elvira y Angela ríen.

38. John F. corre hacia el patio. El patio de la pensión «Ecce Homo» es un espacio común a las habitaciones de los huéspedes. Al fondo hay un pequeño lavadero que comunica por una escalera con la azotea de la casa. Una mujer de edad avanzada está lavando ropa en una batea. Frente a las habitaciones hay un baño de pequeñas proporciones. Junto al mismo está Brugarolas, catalán, de treinta años, obeso y mofletudo, con barba de anarquista. Brugarolas viste una bata de baño y se pasea nerviosamente.

39. Por fin se decide y toca.

BRUGAROLAS: ¡Glaflira, que me tengo que ir a trabajar!

Desde el interior del baño se escucha la voz de Glaflira que canta una canción popular.

John F. que ha corrido a lo largo del patio y ha figoneado en el lavadero corre hacia la

puerta del baño. Con sonrisa pícaro toca y dice.

JOHN F.: Tía Glafira ¿qué estás haciendo?

40. Brugarolas mira a John F. y sonrío.

BRUGAROLAS: ¿Qué compraron hoy en el mercado, John Fitzgerald?

John F. contesta rápidamente.

JOHN F.: Igual.

Brugarolas comenta con cierta frustración.

BRUGAROLAS: A ver si un día varían, eh!

Y vuelve a tocar la puerta del baño.

BRUGAROLAS: Glafira!

La aludida insiste en la canción que ha continuado cantando a lo largo de la escena.

41. La puerta de la habitación número cuatro se abre. De allí sale Antonio Leocadio, de cincuenta y cinco años, barba hirsuta, figura magra. Viste una vieja bata de seda que alguna vez conoció mejores tiempos, y lleva sobre la cabeza una vistosa toalla amarilla. Tras consigo un vaso donde ha depositado el cepillo de dientes y un tubito de crema dental; también tiene una jabonera de plástico en la cual exhibe pomposamente una pastilla de jabón de glicerina. Con actitud un tanto elegante camina hacia el baño. Brugarolas advierte la intención de Antonio Leocadio y

rápida-mente ocupa su sitio junto a la puerta del baño, a tiempo que dice.

BRUGAROLAS: ¡Cola! ¡Cola! ¡Cola!

Antonio Leocadio protesta.

ANTONIO LEOCADIO: Desde que llegó Colón a este país estamos haciendo cola detrás de ustedes.

Brugarolas responde exaltado.

BRUGAROLAS: Yo estaba antes, ¿o es que no estaba antes?

Desde el interior del baño comienza a oírse a gran volumen el noticiero matinal, Antonio Leocadio haciendo caso omiso de las palabras del catalán pregunta.

ANTONIO LEOCADIO: ¿Quién está dentro?

Brugarolas, con expresión solidaria, dice.

BRUGAROLAS: Glafira!

Antonio Leocadio suspira y comenta.

ANTONIO LEOCADIO: Ay!

Del interior del baño llega la voz de Glafira que dice.

GLAFIRA: (fuera de escena) Te estoy oyendo, Antonio Leocadio.

42. La puerta de la habitación ocho se abre y de allí salen Mandrake y Lotario. Mandrake

tiene cuarenta años, es delgado y de finos bigotillos; rostro mestizo y modales atildados. Lotario, de la misma edad, es grueso y fornido, viste una llamativa camisa de colores y contempla a Brugarolas y a Antonio Leocadio con ojos soñolientos. Mandrake trae consigo un radio transistor y tiene sintonizado un noticiero diferente al que está escuchando Glafira en el interior del baño. En compañía de Lotario se dirigen hacia la puerta del baño, situándose en la improvisada fila.

Lotario dice a Brugarolas.

LOTARIO: ¿Qué hay, cataluña?

Se vuelve hacia Antonio Leocadio y agrega.

LOTARIO: ¿Cómo amaneció, maestro?

Antonio Leocadio hace un gesto con la mano indicando que la vida amaneció regular. Al mismo tiempo Brugarolas gruñe una especie de saludo, y tras golpear de nuevo la puerta del baño, dice.

BRUGAROLAS: Glafira, que hay cola!

Deja de oírse el noticiero que proviene del baño y de pronto se escucha una atomentada radio-novela donde el novio ingeniero de la muchacha pobre reclama con vehemencia una terrible falta de honor.

Brugarolas mira significativamente a Antonio Leocadio.

Antonio Leocadio suspira.

43. La puerta del cuarto diez se abre y de él, insólitos y vestidos con sus ropajes anaranjados, salen Anselmo y Sebastián, dos hare-krishna de pelo rapado y expresión mística.

Anselmo, de estatura pequeña, contrasta con el espigado Sebastián. Tienen en sus manos un tamborcito y al aparecer en el patio entona el primer salmo matinal de invocación al mantra. Sebastián corea.

ANSELMO Y SEBASTIAN: Hare-hare-hare krishna.
Hare-krishna-hare.

Antonio Leocadio comenta mordaz.

ANTONIO LEOCADIO: A este país le cayó bachaco.

Anselmo y Sebastián se sitúan en la fila del baño.

44. Lotario saluda a los recién llegados.

LOTARIO: ¿Qué hay, mis tronos místicos? ¿Mis hare-krishnas? ¿Cómo estamos? ¿Cómo van esas lechugas? ¿Cómo amanecemos de repollitos? ¿Chéveres?

Ninguno de los aludidos se molesta en contestar.

45. En ese momento Edicta entra en el patio desde el recibo, y al ver a sus inquilinos haciendo cola, dice.

EDICTA: Pero usen el baño de atrás. Yo no sé que manía tienen ustedes con este baño.

46. Mandrake contesta.

MANDRAKE: Manía no, mi doña; sino que aquello está muy tapado y huele a gorila.

47. Antonio Leocadio apunta.

ANTONIO LEOCADIO: Porque no le echan Diablo Rojo.

48. Edicta mientras sigue hacia el lavandero dice.

EDICTA: Ningún Diablo Rojo. Es que aquí vive mucho cochino y cuanta cosa traen quieren atapusarla por la poceta.

49. Angela y Elvira traen entre ambas la imagen del Ecce Homo que colocan en el patio con evidente intención de secarla.

50. La puerta del cuarto cinco se abre y sale Morrocoy, moreno, corpulento, de cuarenta y cinco años. Tiene puesta una gorra y viste con una camisa de cuadros y unos pantalones arrugados. Se dirige hacia el baño y mientras contempla al Ecce Homo dice.

MORROCOY: ¿Se están dando su bañito de sol?

51. La puerta del baño se abre y sale Glafira, cuidadosamente maquillada y arreglada. Glafira, hermana de Edicta y Elvira, tiene cuarenta años. Es una mujer de estatura mediana, pelo rojizo y ademanes desenfados. Mas que moverse se bambolea, lo cual provoca silbidos y bochinches por parte de Mandrake y Lotario.

Morrocoy se une al grupo diciéndole.

MORROCOY: ¿Te vas a sacar la cédula en colores?

52. Glafira se va hacia su cuarto, canturreando.
53. Durante toda la escena John Fitzgerald ha permanecido jugando pelota en el patio. Cuando Glafira entra en su habitación, John F. va a recoger su pelota que ha caído cerca del Ecce Homo. La cámara hace dolly-in y muestra contra el sol la imagen religiosa.

CORTE A:

54. En lo alto de un edificio hay cuatro gigantescos retratos de Marx, Lenin, Mao Tse-Tung y Ho-Chi-Min. La cámara hace zoom-back hacia la calle y muestra a Pedro que avanza con las dos maletas entre el congestionado tránsito de peatones y vehículos.
55. Pedro mira las imágenes, los letreros, los anuncios, ventas de discos populares y el trajín de rostros sudorosos por el calor del mediodía. (Dolly-side).
56. Pedro hace señas a un taxi que se detiene.

CORTE A:

EXTERIOR EL SILENCIO. DIA.

57. Es mediodía. Gran cantidad de personas salen del trabajo y hay una congestión de vehículos. Varios fiscales hacen sonar sus pitos.

FICHA TÉCNICA

Dirección: Román Chalbaud. **Producción:** Gente de Cine C.A. 1976, 35 mm color 95 min. **Guión:** José I. Cabrujas, Román Chalbaud (adaptación de la obra teatral homónima). **Director de Fotografía:** César Bolívar. **Montaje:** Francisco Fusteros, Guillermo Carreras. **Música:** Miguel Angel Fuster. **Sonido:** Kurvenal Robles. **Escenografía:** Guillermo Zabaleta, Enrique Zanini.

SINOPSIS

Pedro Zamora (Miguel Angel Landa), un exguerrillero, regresa desde la provincia venezolana a la capital después de diez años de ausencia. Al llegar a Caracas se dirige deliberadamente a la pensión «Eco Homo», donde va a instalarse en una habitación que horas antes ocupaba un contacto suyo en la ciudad. La Sra. Edicta (María Teresa Acosta) no advierte la estrategia de los dos hombres y accede cordialmente a alojar a Zamora en la pensión de la cual es ella administradora. Una vez instalado en la pieza, Zamora procede con gran cautela a sacar de una de sus maletas, varias armas de fuego junto a explosivos de alto poder, los cuales esconde en un agujero hecho en el piso por el anterior inquilino. A partir de esta escena comprendemos que este hombre ha venido a cumplir una misión secreta; sucesivamente le asaltan imágenes de su historia en las que se ve, años atrás, en un campamento guerrillero en la montaña junto a otros jóvenes compañeros de combate. Aquella vez, el ambiente de cordialidad y camaradería era violentado súbitamente por la aparición de un grupo de hombres armados; sin mediar palabras éstos disparan sobre los muchachos completamente desprevenidos. Los jóvenes cuerpos caen en vertiginosa sucesión masacrados por las ametralladoras.

La pensión resulta ser un mundo complejo y contradictorio como lo propone el mismo título (Sagrado y Obsceno). Edicta, la regente, hermana mayor de Glafira (Hilda Vera) y de Elvira (Paula D'Arco), convive en una pieza con su sobrina Angela (Mary Soliani) y el pequeño John Fitzgerald, huérfano de ocho años, a quien se le prepara para la primera comunión con todos los rituales del caso. La habitación de Edicta está convertida en una especie de altar, repleto de figuras religiosas que ella cuida con fervor junto a Angela, flor inmaculada cuya inocencia es velada por la anciana permanentemente. Otra de las piezas es ocupada por Elvira y su pequeña hija Zoraida, fruto de las relaciones de esta sumisa mujer con Diego Sánchez (Paul Antillano), acaudalado propietario de la cadena de Restaurants «Mister Pollo», y quien a la vez tiene hogar y esposa en una lujosa zona residencial del Este. La grotesca situación se ha convertido en una interminable condena para Elvira, víctima del poder económico de este hombre quien es también propietario de la pensión. Glafira, la más alegre de las tres hermanas, es propietaria del bar «Las perlas de tu boca», y mantiene escandalosas relaciones con William (William Moreno), un policía secreto con quien escenifica violentas peleas inflamadas de celos producidos por el comportamiento desmesurado de la mujer.

Zamora se convierte en un inquilino más. Su presencia, en lugar de sospechas suscita simpatía en la comunidad, donde es considerado un hombre serio y responsable por los inquilinos a los cuales no tardará en conocer: «Morrocoy» (Virgilio Galindo) un buhonero que vende baratijas en el zaguán de la pensión, Ignacio (Raúl Medina) un joven estudiante universitario con ciertas nociones revolucionarias, quien parece despertar a la conciencia dentro de ese mundo desconcertante; Antonio Leocadio (Rafael Briceño) un anciano pensionado, olvidado por sus familiares en las postris-

merías de cierto abolengo, y quien examina desde una perspectiva delirante la historia política del país; Brugerolas (Carlos Canut) un catalán dueño de un camión distribuidor de refrescos y gran aficionado a los temas de la política internacional. Todos seres desemejantes, en apariencia desvinculados entre sí; pero a la vez reunidos en ese lugar por obra del azar o el destino.

Pero rápidamente Zamora inicia los movimientos necesarios para ejecutar su plan; va en busca de Andrés (José I. Cabrujas), quien fuera su compañero en una brigada subversiva y en la actualidad es un padre de familia dedicado a una pequeña imprenta de su propiedad. Ambos dialogan sobre su pasado común y entonces Zamora le participa el objetivo de su plan; ha vuelto a matar al hombre que en aquella época fuera jefe de la policía política, y que junto a sus agentes asesinó cobardemente a los integrantes de la célula guerrillera que comandaba precisamente el hermano de Andrés. Ese hombre se llama Diego Sánchez, ahora dueño de la cadena «Mister Pollo» y propietario de la pensión donde Zamora ha venido a alojarse premeditadamente. Andrés sorprendido advierte a su amigo lo absurdo del plan, una venganza sin ninguna repercusión política que lo conducirá inevitablemente a la cárcel, puesto que la organización clandestina ya no existe. Al percatarse de que no contará con su ayuda, Zamora recrimina al otro su actitud pasiva y se marcha enfurecido.

La venganza es definitivamente el móvil en el destino de este hombre solo, desintegrado de una sociedad que contempla desde su aislamiento interior con decepción y oscuro rencor. Decidido a ejecutar la acción prácticamente sin apoyo, asume el enorme riesgo de matar a un hombre que en la actualidad es un próspero empresario ya sin vínculos con la política. El

primer contacto con Diego Sánchez ocurre una noche, cuando el ex policía ha ido a la pensión a celebrar el compromiso de Glafira con William Bolívar. Durante la reunión los dos hombres conversan y en Zamora van creciendo el odio y el rencor hacia el otro, cuya figura y acciones son la contradicción extrema de todo lo que él es. Esa misma noche la decisión de venganza se hace definitiva, la ocasión propicia para consumarla será durante la fiesta después de la boda de Glafira, en una granja propiedad de Sánchez que él ha ofrecido con tal motivo. Después de la reunión, esa misma noche, Zamora encuentra en el corral de la casa a Angela, con quien comparte una simpatía que lo hace presentir la posibilidad de una relación profunda a la que se ha negado durante años y que en ese momento no será capaz de renunciar. Angela se entrega a Zamora y con ella surge la posibilidad del amor y de un destino cierto. Pero la decisión está tomada, llega el día de la boda, y después de la ceremonia eclesial, los recién casados Glafira y William Bolívar se reúnen con los habitantes de la pensión en la granja de Sánchez, quien ha preparado un festín para quienes en el fondo considera su gente. Poco antes de concluir la celebración, Zamora desaparece en las inmediaciones del sitio. Sánchez ha quedado solo junto a las instalaciones ultimando detalles; repentinamente los gallineros son dinamitados ante el desconcierto del hombre, que al intentar huir se encuentra frente con Zamora quien surge de la maleza armado. Ante la pregunta de Sánchez ¿quién eres tú? aquel procede a pronunciar los nombres de sus compañeros asesinados, antes de acribillarlo con la ametralladora.

Alvaro Naranjo



ROMAN
CHALBAUD

SAGRADO

Y

OBSCENO